

10

Cómo trató Jesús a los pobres

MORRIS VENDEN

“Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba como el pueblo echaba dinero en el arca” (Mar. 12:41).

Hace varios años, un amigo mío y su hijo viajaban por las calurosas carreteras de California, y pasaron por un puesto de helados. Mi amigo quiso que su hijo de diez años disfrutara un helado. Así que detuvo el auto, le dio un dólar y le dijo que fuera a comprar uno.

Después de unos momentos, el niño regresó de la heladería casi llorando. Todavía tenía su billete, y le dijo a su padre que el encargado no le vendería un cono de helado. Así que el papá se bajó del auto y se dirigió hacia el empleado del negocio, y le preguntó:

—¿Qué sucede aquí? ¿Por qué no le quiere vender un helado a mi hijo?
El empleado le respondió:

—Verá, señor, aquí no vendemos conos de helado de noventa centavos. Su hijo quería un helado de ese precio.

En el acto, mi amigo, que es pastor, se dio cuenta de lo sucedido. Su hijo, de diez años de edad, en el recorrido del auto a la heladería ya le había dedicado al Señor su diezmo del dólar. Por lo tanto, más relajado, le explicó lo sucedido al propietario de la heladería, y le pidió disculpas por el malentendido.

El hombre le preguntó al niño:

—¿Le das la moneda que te sobra al Señor?

—Bueno —le dijo al niño— te diré qué vamos a hacer. Dale el dólar al Señor, y yo te daré a ti un helado.

Diciendo esto, el hombre tomó un cono y le puso una bola y otra y una tercera medida, hasta que el helado se deslizaba por los lados y se lo dio al niño. En ese acto, el niño entendió la promesa de que Dios abre las ventanas del cielo y derrama sus bendiciones hasta que sobreabundan. Dios se goza en honrar a los que lo honran.

En Marcos 12 se registra una historia de cómo trató Jesús a los pobres, aquellos que tenían muy poco y a pesar de todo pusieron a Dios primero en su dadivosidad. La historia comienza en el versículo 41: “Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca”.

Conviene recordar que en los días de Cristo, aparentemente la forma acostumbrada de recibir las ofrendas era poner el alfolí en el vestíbulo. Y a medida que la gente salía de la iglesia, depositaba sus ofrendas. ¡Personalmente desearía que se rescatara esa costumbre de recoger ofrendas! Este era el método que se usaba en los días de Jesús.

Jesús pudo estar en el vestíbulo y mirar cómo el pueblo echaba dinero en el arca. “Y muchos ricos echaban mucho. Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un cuadrante” (vers. 41, 42).

Una blanca tiene el valor de una fracción de un centavo de dólar. Aun la moneda de 10 centavos que el hijo de mi amigo había separado de su dólar, era más de lo que tenía la viuda pobre. Pero lo hermoso de esta historia es que Jesús contempló a la viuda y su ofrenda con aprobación.

“Entonces llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento” (vers. 43, 44).

Esta era una viuda pobre, aunque me gustaría sugerir que en realidad era una viuda pobre-rica. La Biblia habla acerca de los que son ricos en la fe. Y si tuvieras que elegir entre ser rico en la fe o ser rico en los bienes de este mundo, ¿cuál escogerías? Tal vez sea fácil dar una respuesta a la ligera. Pero realmente, ¿cuál preferirías?

Esta era una viuda pobre-rica que recibió una buena calificación del propio Jesús, evaluación que probablemente alcanzó a escuchar. Aparentemente, Jesús estaba tan cerca que ella alcanzó a oír la conversación entre el Maestro y sus discípulos.

Este encuentro se realizó a mediados de la última semana de la vida de Jesús. A escasos días de su crucifixión. Debe de haber animado el corazón de Jesús ver la fe de esta mujer. Debe de haber sido reconfortante para el corazón de la viuda escuchar el comentario de Jesús.

Jesús frecuentemente expresaba palabras de aprecio. Desde su niñez, era conocido por sus palabras de ánimo. Y esta viuda debe de haber salido del templo con un paso más ligero, con el corazón lleno de esperanza, y con suficiente valor para enfrentar un día más en su existencia, gracias a su contacto con Jesús aquel día.

De este relato se desprenden varias lecciones y principios bíblicos concernientes a la dadivosidad. En primer lugar, nuestra capacidad de dar depende de tres cosas: el dinero que tengamos, nuestras posesiones y el monto de nuestros ingresos. Ocasionalmente el dinero o flujo del efectivo de las personas se pierde en las posesiones. En Mateo 19, Jesús dijo al joven rico: "Vende todo lo que tienes, y dalo" (véase el vers. 21). Libérate de algunas de tus inversiones.

El modelo bíblico de la dadivosidad se encuentra en Malaquías, donde se describe el método de Dios. Él nos pide que demos con base a un porcentaje. En realidad, es la única manera justa de medir nuestra dadivosidad. En ocasiones podemos engañarnos pensando que hemos dado mucho dinero, solo porque hemos ofrendado una cantidad mayor que otros. Pero en la historia de esta viuda, tenemos otro principio: Dios no mide nuestra dadivosidad por la cantidad de nuestra ofrenda, sino por la cantidad que queda en nuestro bolsillo después de haber dado. Y en base a esto, esta mujer había dado más que todos los demás, porque había dado todo su sustento.

Tomemos una ilustración de nuestros días. Supongamos que un estudiante universitario que trata de pagar sus estudios con el fruto de su trabajo puede ganar 100 pesos adicionales durante el mes. De acuerdo con el principio bíblico referente al diezmo, que es el 10 por ciento, deberá devolverle a Dios 10 pesos, que en realidad no es una ofrenda voluntaria. Este es

un acto simplemente de honestidad. No es una muestra de generosidad. La Biblia enseña que el 10 por ciento de nuestros ingresos pertenecen a Dios de todos modos.

Pero si ese mismo estudiante ofrendara 25 centavos adicionales cada mes, tal vez piense que no ha ofrendado demasiado.

Otra persona, que tiene un empleo y sueldo seguros, podría ganar unos \$2.000 durante el mes, pagar \$200 de diezmo y ofrendar unos \$5 mensuales como ofrendas. Esa persona habrá dado la misma cantidad que el alumno.

Y la persona que gana 10.000 pesos mensuales, regresa 1.000 pesos en diezmos y ofrendas 25 pesos mensuales, ha dado el mismo porcentaje que el estudiante que dio los 25 centavos. Eso nos dice mucho acerca de la justicia de Dios. ¿Verdad?

Es posible que comprendamos mal la historia de la viuda, y que digamos: debemos dar todo lo que tenemos a la iglesia.

No, eso no es lo que Jesús dice, ni es lo que espera de nosotros. Está bien quedarnos con algo. Abraham era rico. Y Abrahán obtuvo buenas calificaciones de Dios. Otros personajes bíblicos que tuvieron riquezas son: Job, David y Salomón, solo por mencionar algunos. Es correcto tener una base sobre la cual podamos hacer más dinero, siempre que esa ganancia no se convierta en algo más importante para nosotros que el tesoro celestial. David lo expresó muy bien en el Salmo 62, versículo 10: "Si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas".

Consideremos otro caso real, la historia del rico insensato. Se encuentra en Lucas 12, comenzando con el versículo 16. "También les refirió una parábola, diciendo: la heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo donde guardar mis frutos?"

"Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regójate. Pero Dios le dijo: Necio.

—Eres un necio, hombre. Has olvidado quién es el que mantiene tu corazón latiendo. Has olvidado quién es el verdadero dueño de los frutos,

el ganado de mil colinas, el oro y la plata de todas las minas—. Esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto. ¿De quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios” (vers. 16-21).

Aquí se nos presenta un contraste con la viuda pobre. Ella dio todo lo que tenía; él se quedó con todo. ¡Vaya diferencial!

Es parte de la naturaleza humana que mientras más dinero se tiene, más se gasta. Construimos graneros más grandes. ¿Graneros? Bueno, tal vez no todos nos emocionamos con graneros. Pero cuán fácil es gastar todas nuestras ganancias en ampliar nuestras casas, adquirir automóviles nuevos y tomar vacaciones costosas y olvidarse de las necesidades de los pobres, ignorar la obra del Señor y olvidar quién es el que da el poder de adquirir los bienes.

Otra lección de cómo trató Jesús a la viuda pobre es que la persona más pobre, humilde e ignorada —de acuerdo con la medida de los hombres—, sigue siendo de inmenso valor a los ojos de Jesús. De acuerdo a los valores de aquellos días, las mujeres eran ciudadanas de segunda clase. Una mujer que había perdido el compañerismo de su marido, realmente perdía más que eso, perdía su estatus en la sociedad. Y una mujer que era viuda y pobre, era de lo más bajo que había.

Las personas en los días de Cristo medían la espiritualidad en base a las riquezas y los logros. Hasta los discípulos de Jesús, cuando él les contó cuán difícil sería que un rico entrara en el reino de los cielos, le preguntaron: “¿Quién, pues, podrá ser salvo?” (véase Mat. 19:23-25).

Era bien conocido en aquellos días que mientras más rica era la persona, más cerca estaba de Dios, y más aceptada era a los ojos de los hombres.

Pero en este relato podemos ver que el terreno se empareja al pie de la cruz. Esta viuda, en su pobreza y humildad, pudo dar más que los otros, más que todos los ricos, los encumbrados y los que reciben honores.

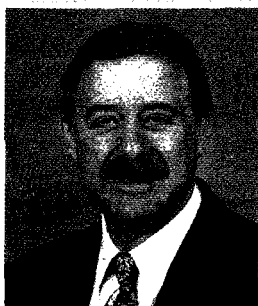
Esto fue verdad no solo en el porcentaje que dio, sino en el resultado de sus ofrendas. Debido al reconocimiento de Jesús acerca de su pequeña ofrenda, otros han sido animados a traer lo poco que poseen, que de otra manera pudo haber sido considerado demasiado pequeño para aceptar. Y mientras que las ofrendas de los fariseos ricos hace tiempo fueron ol-

vidadas, las dos blancas de esta viuda han sido la inspiración de un flujo continuo de pequeñas ofrendas, que se ensanchan hasta nuestros días.

Ella dio por amor: el rasgo distintivo que marcó la diferencia. Y es el amor de Jesús el que mide nuestra dadivosidad, grande o pequeña, a los ojos del Cielo.

Nuestra dadivosidad debe ser la respuesta y un reflejo del don de Jesús. "Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Cor. 8:9).

Cuán agradecidos podemos estar por las riquezas que son nuestras en Cristo Jesús. Y cuán agradecidos podemos estar por la manera en que él trató a la viuda pobre, dándole riquezas eternas.



El pastor Morris Venden ha sido dotado de un talento especial para comunicar el evangelio, tanto con la palabra hablada como escrita. Durante sus años de ministerio, sirvió en grandes congregaciones: en las iglesias de la Universidad de La Sierra, California, en el Colegio de la Unión del Pacífico, del mismo estado, y en el Colegio Unión de Nebraska, todas en EE.UU. Se jubiló en 1998, cuando era pastor de la Iglesia de Azure Hills, en Loma Linda, California. Autor de varios libros y centenares de artículos, en 1999 se unió al equipo ministerial de La Voz de la Profecía, donde cumplió distintas responsabilidades, especialmente como escritor y orador en convocatorias de iglesias, colegios y universidades. Su esposa Marilyn ha sido su fiel compañera en todos estos años de servicio.